

La infancia y la juventud.

Era un jardín ameno y delicioso
 que pudiera decirse un paraíso,
 todo era allí tan dulce y amoroso
 que nunca el hombre profanarle quiso.

Entre los sauces mil que le adornaban
 pasó mi infancia por demás contenta,
 a las flores que el suelo matizaban
 consagrandome mi puro pensamiento.

Oraban mi encanto las pintadas alas
 de la inocente, inquieta mariposa,
 yendo quedito a contemplar sus galas
 cuando llevaba el nectar de la rosa.

Y del canoro ruiseñor los trinos
 que en armonía dulce se escuchaban
 semejantes a cánticos divinos
 que a la celeste esfera trasportaban.

Y el susurrar de las cristalizadas
 fuente que borda de menudas perlas,
 el blando musgo de que se halla orlada,
 vieniendo enjere, el aura a disolverlas.



El saludable ambiente perfumado
amante fiel de las gallardas flores,
y el vergonzoso tortolo cercado
de verdes ramas entonando amores.

Y el suave arrullar de las palomas
que sobre el agua tersa se posaban,
a la sombra del árbol de las pomas
que hacia la gaja alfombra se inclinaban.

Y el cansado zumbido del feo insecto
que en aromoso calor se escondía,
y de natura allí lo mas selecto
todo en concierto general se oía.

Mas: ay! el alma mio confiada,
al limite llegó del Paraiso,
y de un esten sacome de improviso
el mágico poder de una mirada.

Si en brazos de un desengaño
nuevo una ilusión querida,
¿por qué, al mirarla perdida,
nos quejamos del engaño
si es un engaño la vida?

Si cuando al mundo venimos
todos venimos llorando,

¿ por qué luego nos dormimos?
¿ por qué dormidos veimos,
sin ver que estamos soñando?

Porque apenas gozamos
nos embriaga la fragancia,
de las flores que pisamos,
porque dormimos la infancia,
y solo dichas vivamos.

Perdido cuanto se encierra
en mienos tan virginals,
temblamos al ver el mal,
cual debió temblar la tierra
ante el primer criminal.

Siendo el hombre peregrino
de gloria y virtud en pos
por el mundanal camino,
tiene su principio en Dios,
y en la muerte su destino.

Sacemos para morir,
en un momento ignorado,
nuestra misión es sufrir
llorando el bien, despreciado
por el mal del porvenir.

El pecho al amor abierto
por rouvasas de mujer,

el hombre ardiente, inesperado,
deja el placer de lo cierto
por lo incierto del placer.

Todo a gozar le convidan;
todo le incita a beldad;
de oropeles ~~se~~ revestida
y entonces es cuando empiezo
la convulsion de mi vida.

Donde pensó hallar amores
de la suerte los reverses
le dan negros insabores;
sarcásticos entremeses
parodias de sus dolores.

Bien versos dulces epala
de inocencia el alma llena,
un mismo dolor escala,
pues la ninger nace buena,
y estudia para ser mala.

El cielo, al mundo cedió
de los angeles la esencia,
y en la mujer la encerro,
pero; ay. murio la inocencia
y el angel se transformo.

Yo no sé quien es culpable

de tan fatal variacion,
si el hombre por su ambicion,
o ella por la irreparable
perdida, de una passion.

Pero ambos alucinados,
van de la venganza en pos,
y tal vez faltando a Dios,
se hacen ambos desgraciados
siendo inocentes los dos.

Por eso ya en la vejez
pagina de la verdad,
odiamos tanta doblez,
por eso es la ancianidad
amiga de la sinceridad.

Frio el corazón, desierto,
puede entonces comprender,
que el hombre, ardiente, inesperto,
deja el placer de lo cierto
por lo incierto del placer.

El Pobre Diablo.

